

civiles, cayeron en su mayor parte en manos de sus enemigos. Madalinski fué hecho prisionero por los rusos, Zanjonczek fué preso camino de Galitzia, y Potocki, Zakrewski, Kapostas y Kilniski fueron llevados á Petersburgo.

«Lo que acababa de suceder,—dice Sybel,—no fué sino la consecuencia natural de la conducta de ese pueblo grande y ricamente dotado, culpable desde hacía dos siglos, de un suicidio moral y político. Una catástrofe tal cual no la había visto el mundo desde la destrucción de Jerusalén ocurría, en fin, castigando sin distinción al inocente y al culpable. Ante tal espectáculo, sentíriase uno impulsado á esconder su rostro y á dudar de la justicia de la Providencia, sino se reconociera que las naciones que se han perdido por sí mismas, acaban solas por envejecer y por morir de esta manera. Polonia sucumbió porque sus faltas la habían hecho incapaz de poder resistir á sus vecinos poderosos; en cuanto á éstos, muy pronto debían aprender lo que cuesta á hombres mortales hacerse instrumentos de una Providencia vengadora. Vefanse al fin, al cabo de sus deseos y de sus esfuerzos, y en posesión de vastas provincias de un país conquistado; pero no debían gozar en paz de una presa debida á las faltas de los vencidos y á su propia injusticia y las consecuencias de su avidez se hicieron sentir en el momento mismo en que se apoderaban del botín. En efecto, las discordias amargas é irreconciliables que les dividían desde el origen de la guerra y que cada día se hacían más profundas y más ardientes, iban á estallar por fin, y á provocar la crisis que, desde hace cinco años, estaba amenazando á Europa.»

No hemos hablado de las negociaciones diplomáticas seguidas por el embajador prusiano Tauenzin en Petersburgo acerca del reparto de Polonia, porque Rusia supo entretenerla hasta ver terminada la guerra ó claramente dibujado su resultado, pero conviene decir que Prusia pedía una extensión territorial de 1.300 leguas cuadradas, y la creación de un principado que separaría las fronteras prusiana de la rusa, y que Prusia, generosa á expensas de Polonia, ofrecía á Suboff, el favorito de la emperatriz Catalina, creyendo así asegurarse sus pretensiones, pero sin que Suboff ni por un momento tomase por lo serio lo que se le ofrecía.

Rusia, pues, como queda dicho, aguardó á que la guerra se declarase, y como nadie podía dudar que después de la victoria de Fersen y prisión de Kosciwsko la guerra no hubiese terminado como terminó; Catalina hizo que se comunicase á Tauenzin

su plan de reparto. A Prusia se le concedían las orillas del Naseve y del Niemen como pedía, y además el país de la Pilica y del Vístula hasta Varsovia, que ya había pedido mucho antes, pero se le negaron Cracovia, Sandomir y Samogicia, pues los dos primeros palatinados convenían á Austria y el tercero á Rusia. Es decir, que Rusia se adjudicaba más de dos mil leguas cuadradas, Austria cerca de un millar, y Prusia no más que setecientas, de modo que Prusia entre lo que había pedido y lo que se le concedía, salía perdiendo unas seiscientas leguas cuadradas y unos 800.000 habitantes.

La proposición de Rusia fué examinada el 14 de Noviembre por los ministros Havgwitz y Struensée y por los generales Mannstein, Zastrow y Knobloch que la declararon inaceptable, reclamando para Prusia las fronteras del Vístula, del Nareve, del Niemen y del Wildau, que es lo que ya había pedido Tauenzin. Responder á Rusia conforme á lo que se había resuelto en el Consejo, era correr directamente á la guerra, y á una guerra en que se podía tener en frente á Rusia y á Austria, pues sólo Tauenzin como se lo demostró Luchessini, pudo, llevado de su despecho, aconsejar una unión de Prusia y Austria, contra Rusia y para la conquista de Polonia. Pero si esto era de temer, el honor aconsejaba persistir, y en su consecuencia lo que más convenía era acabar de una vez la paz con Francia, lo que equivalía ya por sí solo á declarar la guerra á Rusia.

Glott, el antiguo embajador de Prusia en París, partió para Basilea, al objeto de entenderse con Barthelemy para conseguir una tregua, á la que había de seguir un tratado de paz, basado en la evacuación de las provincias prusianas de la izquierda del Rhin, y aunque no se ocultaba á nadie que Francia se negaría á ello, se dejó resolver este punto tan delicado como doloroso para cuando se supiera de cierto que Francia pedía la orilla izquierda del Rhin. Al mismo tiempo se contestaba la comunicación de Rusia.

Los ministros prusianos decían á Rusia que era necesario que las fronteras fueran claras y firmes, y que no era á la nación más poderosa á la que respondía por equidad la mayor parte. Que si Prusia quería á Cracovia era para su defensa, mientras que Cracovia en manos de Austria era un peligro para la Silesia prusiana. Y acababa la nota prusiana, declarando que caso de no concederse á Prusia lo que pedía, Prusia preferiría que las cosas quedasen en el ser y estado que tenían desde 1793 y que no hubiese nuevo reparto de Polonia. Al mismo tiempo el gabinete prusiano hacía que Hohenlohe volviera

con su cuerpo de ejército al Rhin para quitar á la nota todo carácter amenazador y no se creyera que Prusia iba á hacer la paz con los jacobinos, que es lo que el gobierno ruso había reprochado amargamente á Tauenzin y lo que éste creía había decidido á Rusia á tratarles tan mal en el reparto.

Rusia, por su parte, tuvo también que regatearle á Austria algo de lo que le pedía. Reclamaba mil cuatrocientas leguas cuadradas de territorio y se le ofrecieron mil, y además Austria pedía que no se le diera á Prusia una sola pulgada de terreno, como no enviara sus tropas al Rhin á las órdenes de un general en jefe austriaco. Además Austria pedía como compensación del segundo reparto, ó una provincia francesa ó las provincias venecianas.

Los ministros rusos Besborodko y Markoff le declararon al conde Cobentzel que era imposible dar á Austria lo que pedía por el lado Norte y Este, que correspondía á Prusia, y que lo que pedía de la Volhynia era imposible cederla, porque allí estaba la ciudad de Vladimiro de donde había salido el cristianismo para cristianizar á Rusia, y que por consiguiente pertenecía este país á Rusia. Respecto de Francia ó Venecia, la emperatriz le daba á Austria carta blanca, y respecto á Prusia, se le decía á Cobentzel que no se abriría negociación alguna con Prusia hasta estar avenidas las dos cortes imperiales. En suma, á Austria se le cedían los palatinados del Sud, esto es, los de Cracovia, Sandomir y Lublin y parte del de Chelm.

Thugut contestó aceptando la extensión territorial que le señalaba Prusia, pero le ordenaba á Cobentzel que procurara obtener seguridades para todo lo demás, esto es, para que Prusia continuase la guerra bajo las órdenes de un general austriaco, para que se estableciera una alianza defensiva y ofensiva entre Austria y Rusia para el caso de que Prusia amenazara á Austria, y para que Austria pudiera apoderarse del Veneto como compensación de sus sacrificios hechos contra Francia, y en fin, que Rusia apoyara el cambio de la Baviera. Rusia se mostró esta vez conforme en todo en cambio de obtener de Austria su aquiescencia respecto á los planes de Rusia contra Turquía, pero se reservó pedir esta conformidad en su día.

Entonces se abrieron las discusiones entre las tres potencias para la redacción del tratado de reparto y las potencias alemanas sostuvieron sus pretensiones declarando que no podían ceder. Tres sesiones se invirtieron para no acordar nada. En la última, que fué la del 19 de Diciembre, hasta hubo ruptura. Tauenzin había logrado unir estrechamente

á Rusia y Austria por su falta de tacto, mientras Cobentzel con suma habilidad procuraba hacerse simpático á los rusos. La ruptura vino porque no queriendo ceder ni Austria ni Prusia respecto de Cracovia, que Prusia decía que ya era prusiana porque la habían conquistado sus soldados, ni de Sandomir, Austria dijo que puesto que Austria y Prusia estaban de acuerdo, lo que debía hacerse era redactar y firmar el Tratado de reparto, y que si Prusia no lo aceptaba también podrían pasarse sin su aceptación.

Tauenzin continuó, sin embargo, en Petersburg, en donde se veía á los ministros rusos que se le mostraban muy apesadumbrados por lo ocurrido, y en Berlín se veía con gusto esto que ellos creían suspensión de las negociaciones porque así se adelantaba el acuerdo entre Francia y Prusia, pero no había tal suspensión. Por bajo cuerda Austria y Rusia se entendían y llegaron á firmar una declaración de conformidad, habiéndose obligado Cobentzel á cambio de apoyar Rusia todas las pretensiones austriacas y á darle su seguridad contra Prusia, á acceder á la formación de un reino de Dacia para un príncipe ruso, en cambio de que Austria ganase para sí la Servia y la Bosnia. Además Austria daba su conformidad al tratado de 23 de Enero de 1793.

Firmado el acuerdo de las dos potencias el 3 de Enero de 1795, Rusia envió dos días después á Prusia una memoria sobre el estado de la cuestión, cuyo tono duro dió claramente á comprender que Rusia y Austria marchaban unidas. Esta convicción impulsó más que nunca á Prusia á entenderse con Francia y en virtud de haber acordado la Dieta del imperio en Ratisbona pública y solemnemente la conveniencia de hacer la paz pidiendo al emperador y al rey de Rusia su negociación, todo á petición del obispo de Maguncia; Prusia desde luego entró resueltamente por el camino grato por los alemanes que sobre hacerla simpática le podía dar aliados ahora que se veía amenazada por la coalición Austro-rusa.

Francia, pues, no podía desear más. Había vencido y se le iba á pedir la paz. Si el orgullo es alguna vez permitido, nunca pudo ser más legítimo el orgullo de Francia.

En nuestros días toda una escuela pseudo-liberal quiere hacer creer que la Francia se perdió por orgullosa, y en particular esta es la tesis de los liberales imperiales de Alemania. Ellos que reconocen que en Alemania, y aún en todos los países germánicos, no existía la idea de la nacionalidad alemana, y que en su consecuencia quieren defender por hoy el

abandono consentido por Prusia de la orilla izquierda del Rhin y que á la vez están obligados á confesar que en Francia se reclamaba la orilla del Rhin como la frontera natural, es decir, que están obligados á confesar que en Francia existía clara y viva la idea de la extensión territorial nacional, la idea de su unidad geográfica, quieren ahora que Francia la ha conquistado que la abandone, fundándose en que esto hubiera sido de una hábil y prudente política. Esto se dice fundándose en el testimonio de algunos significados convencionales siempre dispuestos á pararse, pero ¿por qué se ha de tomar á estos hombres como órganos de la opinión? No, Francia

no podía devolver la orilla del Rhin sin un cambio completo de ideas, sin convenir que su frontera del Este está detrás de la Alsacia y la Lorena, que Alemania ha reivindicado en nuestros días como tierras alemanas.

Nosotros no tenemos aquí que discutir si son las leyes etnográficas ó las topográficas las que determinan la fundación de las naciones. Suiza existe á pesar de la etnografía y de la topografía. Podemos, pues, creer que ni la raya, ni los accidentes del terreno separan á los pueblos en naciones diversas sino otros intereses. Pues bien, estos otros intereses como veremos llevaban los franceses á la derecha del Rhin.



CAPITULO XIV

RESTAURACION DE LOS GIRONDINOS

Los partidos en la Convención.—Los independientes: Barras, Merlin de Douai, Cambaceres y Sieyes.—Los thermidorianos: Tallien y Freron.—Los centralistas: Boissy d'Anglas, Durand Maillane y Thibaudeau.—Los vendeanos.—El general Vimeux en la Vendée.—Cambio de política.—Muerte de Laroche-Jacquelin.—Canclaux reemplaza á Vimeux.—Los chuanes.—Puisaye.—Cormantin.—Hoche en la Bretaña.—Ofrécese una amnistía á los vendeanos.—La señora Gasmier.—Sumisión de Charette.—Sumisión de Cormantin.—Condiciones de la paz.—Carestía de París.—Riguroso invierno.—Remedios que se proponían.—Manejos de la reacción.—Errado juicio de Sybel.—Dictamen de los veintuno: Saladin.—Reintegración de los girondinos: Bентаbolle.—Goujon.—Los girondinos en la Convención: su posición.—Actitud de Lecointre.—Se reclama la Constitución del 93 en las secciones.—Valiente actitud de Thibaudeau.—El 22 de Marzo: Lindet, Carnot y Prieur defienden á los procesados.—Invade el pueblo la Convención: 12 germinal.—Atropellos de la Convención: prisión de ocho diputados.—Arbitraria deportación de Collot, Villaud, Barere y Verdier.—Tumultos en París.—Los disuelve Pichegru.—Tallien pide la prisión de Thuriot, Cambon, Lecointre y otros.—Louvet los defiende.—Feron propone que se sustituya la pena de muerte por la deportación: es rechazado.—Muerte de Hermann, Fouquier-Tinville y demás miembros del primer Tribunal Revolucionario.—La reacción en provincias.—Las Compañías de Jesús y las Compañías del Sol.—Sus crímenes en Lyon.—Chénier denuncia sus crímenes á la Convención.—Isnard en Provenza.—Asesinatos de jacobinos en Aix.—Crímenes inauditos de Tarascon.—Situación de Marsella.—Irritación de los patriotas de Tolon.—Salen para Marsella.—Son rechazados.—Emigran los obreros de Tolon.—Degüello de los jacobinos en Marsella.—Responsabilidad de Isnard.—Más degüellos.—Carácter de la contrarrevolución.—Irritación de París.—Motín espontáneo: su programa: el 20 de Mayo: 1 prairial.—Invasión de la Convención.—Asesinato de Féraud.—Sesión de la Convención: sus revoluciones.—Restablécese el orden.—Anula la Convención los decretos que acaba de dar.—Ordena la prisión de sus autores.—Renúevase la agitación.—Nueva invasión de la Convención.—Cómo fué dominada.—Desarme del barrio de San Antonio.—Sométese á los diputados presos á un Consejo de guerra: protesta de Legendre.—Prisión de Lindet y Jean-Bon-Saint-Andre.—Lanjuinais salva á Carnot.—Carnot salva á Prieur.—Los girondinos quieren detener la reacción.—Opónense otros girondinos.—Proceso de los montañeses.—Rühl se dá de puñaladas.—Inicia sentencia de muerte contra los seis diputados montañeses presos.—Se dan de puñaladas.—Supremos gritos de los moribundos en favor de la concordia.



LA Convención al empezar el año nuevo, —1795,— que había de ver el término de sus trabajos, y cuando todo parecía renacer á nueva vida, estaba dividida claramente en cuatro partidos,—la mayoría,—cuya inteligencia era poco menos que imposible.

Había el grupo de los independientes, grupo intermediario entre los jacobinos y los thermidoria-

nos, cuyos jefes eran Barras, Merlin de Douai, Cambaceres y Sieyes para quienes lo único que había cambiado era el procedimiento de gobierno, pues para este grupo la existencia de la república era indiscutible y su presunta duración eterna. Todos procedían de la Montaña, y si Merlin era el antiguoponente de la ley sobre los sospechosos, Cambaceres era el que hizo decretar la prisión de los hijos